

labra que predomina en la indecision de una Asamblea arrastra las resoluciones. No hubo prudencia capaz de contener lo que estaba en el pensamiento de todos. Apenas Collot-d'Herbois hubo pedido la abolicion del trono, cuando una exclamacion, en la apariencia unánime, se elevó en todo el salon, atestiguando que la voz de uno solo habia pronunciado la palabra de la necesidad presente. Habiendo pedido Quinette y Bazire, por respeto á la nueva institucion, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexion presidiesen á la proclamacion de la república, exclamó Gregoire: «No hay necesidad de deliberar, cuando todo el mundo está de acuerdo. Los reyes son en el órden moral lo que los monstruos son en el órden fisico. Las cortes son el taller de todos los crímenes. La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos». El jóven Ducos, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, conociendo que era preciso confundir la voz de su partido con la exclamacion general, para que el pueblo no pudiese distinguir ni la primera ni la última en este voto, dijo: «Redactemos al momento el decreto; no hay necesidad de considerandos despues de las luces que el 10 de Agosto ha esparcido. El considerando de vuestro decreto de abolicion del trono será la historia de los crímenes de Luis XVI». La república fué proclamada de este modo, con diversos sentimientos, pero por unanimidad; arrebatada á la iniciativa de unos por la popularidad celosa de otros, arrojada como un reto por los jacobinos á sus enemigos, aceptada con aclamacion por los girondinos, por no dejar el honor del patriotismo á los jacobinos; resolucion desesperada, abismo desconocido en que la reflexion arrastraria á los políticos, ó el vértigo atraeria á los imprudentes; asilo único que quedaba á la patria, segun los patriotas; sima oscura en que cada uno creia precipitar á sus rivales precipitándose con ellos, y que todos debian llenar alternativamente con sus combates, con sus crímenes, con sus virtudes y con su propia sangre.

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.— Los girondinos en casa de madama Roland.— Acusacion contra Marat.— Apóstrofe de Vergniaud.— Danton.— Robespierre.— Pormenores íntimos.— Escenas tumultuosas.— Marat.— Su retrato.— Rompimiento entre Danton y los girondinos.

I

La proclamacion de la república fué acogida con una exaltacion ardiente en la capital, en los departamentos y en el ejército. Era para los filósofos el tipo de los gobiernos humanos hallado bajo los escombros de catorce siglos de preocupaciones y tiranías; para los patriotas, la declaracion de guerra de una nacion que se regenera, proclamada por sí misma el dia de la victoria de Valmy en presencia de los tronos conjurados contra la libertad; para el pueblo, una novedad sorprendente y deliciosa. Cada ciudadano se consideraba, por decirlo así, coronado con una parte de aquella soberanía reconquistada, y de la cual el acta de la Convencion acababa de despojar la cabeza y la familia de los reyes para restituirla al pueblo. La nacion, aliviada del peso del trono, creyó respirar por primera vez el aire libre y vital que iba á regenerarla. Este fué uno de aquellos cortos momentos que concentran en un punto del tiempo horizontes de entusiasmo y de esperanzas, que los pueblos aguardan por espacio de muchos siglos, que saborean algunos dias, y que no olvidan, pero que no tardan en dejarlos escapar como un sueño, para recaer en todas las realidades, en todas las dificultades y en todas las angustias que acompañan siempre la vida de las naciones. No importa: estas horas de ilusion son tan hermosas y tan colmadas, que valen por siglos en la vida de la humanidad, y ante las cuales parece detenerse la historia para retenerlas y eternizarlas.

Los que más gozaron de ellas fueron los girondinos. Reunidos por la noche en casa de madama Roland Petion, Brissot, Guadet, Louvet, Boyer-Fonfrede, Ducos, Grangeneuve, Gensonné, Barbaroux, Vergniaud y Condorcet, celebraron con un recogimiento casi religioso el advenimiento de sus ideas al mundo, echando voluntariamente el velo de la ilusion sobre la dificultad del dia siguiente y sobre la oscuridad del porvenir, entregándose sin reserva al mayor gozo que Dios haya concedido al hombre en la tierra, que es el parto de su idea, la contemplacion de su obra, y la posesion de su bello ideal cumplido.

Durante la comida se cruzaron nobles palabras entre aquellas grandes almas. Madama Roland, pálida de emocion, dejaba escapar de sus ojos miradas de un brillo sobrenatural que parecian divisar el cadalso á traves de la gloria y de la felicidad de aquel dia. El anciano Roland interrogaba con la vista el pensamiento de

su esposa, y parecía preguntarle si aquel día no era el término de su vida, después del cual no les quedaba más que morir. Condorcet hablaba con Brissot de los horizontes infinitos que la nueva era abría á la humanidad. Boyer-Fonfrede, Barbaroux, Rebecqui y Ducos, jóvenes, amigos y casi hermanos, se felicitaron de tener aún largas vidas que ofrecer á su patria y á la libertad. Guadet y Gensonné reposaban gloriosamente de sus prolongadas fatigas en este alto triunfante adonde habian conducido á la revolucion. Petion, á la vez triste y dichoso, conocia que su popularidad le abandonaba, pero él la abdicaba voluntariamente en su alma, en el momento en que no podia consumarla sino á costa de crímenes. La sangre de Setiembre habia desvanecido en Petion su antigua embriaguez de popularidad. Pasada ya aquella embriaguez, Petion iba á ser de nuevo un hombre de bien.

Vergniaud, en quien todos los convidados fijaban la vista como el principal autor y el solo moderador de la futura república, mostraba en su actitud y en sus facciones la quietud descuidada de la fuerza ántes y después del combate, mirando á sus amigos con una sonrisa á la vez serena y melancólica. Hablaba poco, y al fin de la comida tomó un vaso, le llenó de vino, se levantó y propuso un brindis por la eternidad de la república. Madama Roland, llena de los recuerdos de la antigüedad, pidió á Vergniaud que deshojase en su vaso, á ejemplo de los antiguos, algunas rosas del ramo que ella llevaba aquel día. Vergniaud le alargó el vaso, echó las hojas de rosa en el vino, y bebió; después, inclinándose hácia Barbaroux ántes de volver á sentarse, le dijo en voz baja: «Barbaroux, no son rosas, sino ramas de cipres las que debíamos echar en el vino esta noche. Al brindar por una república cuya cuna nada en la sangre de Setiembre, ¿quién sabe si bebemos nuestra sangre? No importa,—añadió,—aunque este vino fuese mi sangre, yo brindaré por la libertad y por la igualdad». «¡Viva la república!»—exclamaron á la vez los convidados.

Esta imágen siniestra entristeció pero no desanimó sus almas. Estaban prontos á aceptarlo todo de la revolucion; ¡aun la muerte!

Los girondinos oyeron después de la comida las memorias que Roland, ayudado por su esposa, habia redactado para la Convencion sobre el estado de la república. Este plan establecia con claridad la cuestion entre Francia y el ayuntamiento de Paris. Roland, como ministro del Interior, apelaba á la Convencion de los desórdenes de la anarquía y de los crímenes que habian señalado el interregno de las leyes desde el 10 de Agosto hasta la apertura de la nueva Asamblea, y pedia que el poder ejecutivo se afirmase en manos del gobierno central. Los girondinos prometieron sostener enérgicamente á su ministro en estos proyectos, y refrenar en fin las usurpaciones del ayuntamiento de Paris. Esto era declarar la guerra á Danton, á Robespierre y á Marat, que reinaban despóticamente en las casas consistoriales.

Esta restauracion del poder nacional era difícil y peligrosa para los girondinos que la emprendian. Roland, condoliéndose de los excesos de Setiembre, sin tener la fuerza necesaria para su represion, habia escrito dos veces á la Asamblea legislativa, reclamando la vindicta de las leyes sobre las provocaciones y los autores de los asesinatos. Estas protestas, valerosas si se considera que estaban escritas bajo el puñal de los degolladores y en un Consejo de ministros á que pertenecia Danton, estaban, sin embargo, llenas de excusas sobre los crímenes consumados,

y de concesiones deplorables al furor del pueblo; pero se pedia en ellas que se respetase la vida y las propiedades de los ciudadanos. Ellas indicaban en Roland un censor y no un cómplice de la municipalidad. Esto era lo bastante para señalarle, así como á su esposa, á la ira y á las picas de los asesinos.

En efecto, el comité de vigilancia del ayuntamiento habia tenido la audacia de ordenar la prision de Roland. Informado Danton de este exceso de escándalo, y sabiendo mejor que nadie que un decreto de prision era una sentencia de muerte en aquellos dias, fué al comité de vigilancia, le reprendió é hizo pedazos la órden de prision. Como ministro, habia conocido que un poder oculto que llegaba hasta ordenar la prision y la muerte de un



Retirada del ejército prusiano.—Pág. 103.

ministro, le tocaba demasiado de cerca para no procurar reprimir semejante atentado.

II

Desde este día fué Roland el objeto de todas las calumnias del periódico de Marat y de todos los motines de los faciosos. Amenazado á cada instante en su propia casa y en el ministerio del Interior, débilmente protegido por un puesto de gendarmería, se veia obligado con frecuencia, por su seguridad, á pasar las noches fuera de su casa. Cuando se acostaba, madama Roland ponía un par de pistolas bajo la almohada, bien fuese para defenderse de los ataques nocturnos de los asesinos que temia, bien para sustraerse por medio de una muerte voluntaria á los ultrajes de los degolladores. Animado Roland por esta mujer varonil, no se habia acobardado en sus deberes. Sus cartas á los departamentos para combatir las san-

guinarias provocaciones del ayuntamiento, los periódicos escritos en sus oficinas, y cuyos artículos más vigorosos respiraban el alma de su esposa; *El Centinela*, diario republicano y razonable, escrito bajo su dirección por Louvet, atestiguaban sus esfuerzos por contener la revolución en las vías de la justicia y de la ley.

Bien pronto Danton y Fabre d'Eglantine trataron de quitar á Roland este medio de acción sobre el espíritu público, apoderándose de la mayor parte de los dos millones de fondos secretos que la Asamblea había confiado al poder ejecutivo. Lo consiguieron, en efecto, y desarmaron así al ministro del Interior, quitándole la débil y única palanca que le quedaba para remover la opinión.

Por su parte Marat, ménos dominante pero más ambicioso, no contento con haberse apoderado de las prensas de la imprenta real, pidió á Roland una cantidad para sufragar á los gastos de impresión de los folletos populares que tenía en su cartera. Roland se la negó, y Marat denunció al ministro á la vindicta de los patriotas. Danton se encargó de cerrar la boca á Marat, y el duque de Orleans, ligado secretamente con Danton, prestó la suma. Marat, no obstante, destiló su rabia en líneas de sangre contra Roland, su esposa y amigos. Cada tentativa que este partido hacía para restablecer la acción del gobierno y el orden y la seguridad en París y en los departamentos, se representaba por *el amigo del pueblo* y por los asalariados del ayuntamiento como una conspiración contra los patriotas. El robo del guardamuebles de la corona, que tuvo lugar en estas circunstancias, sirvió de texto para nuevas acusaciones de negligencia ó de complicidad contra el ministro del Interior. Roland se consternó de un acontecimiento que privaba á la nación de riquezas preciosas en momentos de necesidad. Hizo perseguir con inútil actividad á los oscuros autores de este saqueo, y fueron capturados algunos ladrones de profesión que parecía que se habían asociado á este robo sólo para cubrir con unos nombres deshonorados los de los verdaderos expoliadores de aquel tesoro. Una parte de los objetos preciosos que encerraba aquella gaveta de la monarquía se encontró enterrada en los Campos Elíseos; el resto desapareció sin dejar rastro de él. Sobre Danton recayeron grandes sospechas de haber empleado en pagar las tropas de Dumouriez y en sobornar el estado mayor del rey de Prusia una parte de los valores allí ocultos, con los cuales pagó la evacuación del territorio francés por los aliados. Los agentes tenebrosos del ayuntamiento, entre los cuales los culpados tenían evidentemente algunos cómplices, fueron acusados de haber empleado la otra parte en asalar la anarquía y en perpetuar su dominación; cargos vagos y sospechas sin pruebas, que el tiempo ni ha justificado completamente ni completamente desmentido.

Acusado Roland encarnizadamente por Marat, contestó á la acusación con una proclama á los parisienses. Sus golpes no se limitaban á Marat, sino que alcanzaban á todo el ayuntamiento, cuya lucha con la Asamblea se envenenaba más cada día. «Deshonrar á la Asamblea nacional, instigar á la rebelión contra ella, sembrar la desconfianza entre las autoridades y el pueblo, ved ahí el objeto de los anuncios y periódicos de Marat,—decía Roland.—Leed el del 8 de Setiembre, en que á todos los ministros, excepto Danton, se les denuncia á la animadversión pública y son acusados de traición. Si estas diatribas fuesen anónimas ó firmadas con un nombre oscuro, yo las despreciaría; pero llevan el nombre de una persona que el cuerpo electoral y el ayuntamiento cuentan entre sus miembros, y que se trata de traer á

la Convención. Semejante acusador me obliga á responder, y aunque esta respuesta hubiese de ser mi sentencia de muerte, yo la daría del mismo modo siempre que fuese útil á mi país. He nacido con la firmeza de carácter que sostiene la virtud, desprecio la fortuna, ambiciono la gloria honrada, y no puedo vivir sino en paz con mi conciencia. Véase mi vida y léanse mis obras; desafío á la malevolencia á que halle un solo acto, un solo sentimiento de que yo tenga que avergonzarme. Durante cuarenta años de administración, he hecho mucho bien. Sesenta años de trabajos me hacen preferir el retiro á una vida agitada. Se me acusa de que maquino con la facción de Brissot. Aprecio á éste, porque le reconozco tanta pureza como talento. He admirado el 10 de Agosto, y me horrorizo de las conse-



Consejo de gabinete celebrado en presencia del rey de Prusia.—Pág. 114.

cuencias del 2 de Setiembre. He comprendido la ira del pueblo, pero he querido que se detuviesen los asesinatos. Yo mismo he sido designado por víctima. Espero que los facinerosos provoquen á los asesinos contra mí. Que vengan; estoy en mi puesto, y sabré morir en él.»

III

Brissot, cuyo nombre se había hecho la denominación de todo un partido, se vió obligado también á defenderse de la acusación de querer restablecer la monarquía en Francia en la cabeza del duque de Brunswick. Petion no cesaba en sus reclamaciones ó en sus discursos en la Asamblea de recordar sus antiguos servicios y sus títulos á la confianza del pueblo. Esto era indicar que se iban ya olvidando. El nombre de madama Roland, mezclado continuamente con el de sus amigos, había sido arrojado, cubierto de odiosas insinuaciones, á la envidia y al escarnio de la opinión popular. El mismo Vergniaud era ultrajado, amenazado, y se veía